

La guerra en el absolutismo

por Flabián Nievas

El Estado absolutista, antecesor del Estado nacional burgués, fue la última formación política feudal,¹ una formación centralizada, a diferencia de lo que fue el feudalismo en su etapa de mayor desarrollo: un atiborrado mapa de unidades políticas en las que se entremezclaban geográficamente distintas instancias jurídicas, diferenciadas por estratos, en los que se podían hallar enclaves anómalos, es decir, ajenos a la lógica de organización preponderante. La decadencia del feudalismo se expresó en una creciente centralización política, sin dejar de ser una sociedad predominantemente campesina, en la que el poder estaba directamente dado por las posesiones territoriales: a mayor extensión gobernada, mayor poder; la tierra incluía, en general, a los súbditos, los que aparecían como atributo de la misma,² al igual que los animales, los bosques o las riquezas que en ella se encontrasen. Y la tierra se obtenía fundamentalmente de dos maneras: por la conquista o por los matrimonios.³ La primera forma era sinónimo de guerra; la segunda, muchas veces terminaba en guerra. Es decir que una de las actividades que desarrollaba regularmente el Estado absolutista era la guerra. Estas formaciones históricamente se situaron en Europa en la baja Edad Media, aproximadamente entre los siglos XIV y XVIII.

Resulta interesante observar que los límites de los Estados absolutistas no estaban definidos por fronteras idiomáticas, sino por las casas reales. Los Habsburgo, por ejemplo, reinaron los territorios de los actuales países de Austria, España, Portugal, Alemania, norte de Italia, Países Bajos, Hungría, Croacia, etc.; los Borbones reinaron en los

¹ “El absolutismo fue esencialmente eso: *un aparato reorganizado y potenciado de dominación feudal*, destinado a mantener a las masas campesinas en su posición social tradicional, a pesar y en contra de las mejoras que habían conquistado por medio de la amplia conmutación de las cargas. Dicho de otra forma, el Estado absolutista nunca fue un árbitro entre la aristocracia y la burguesía ni, mucho menos, un instrumento de la naciente burguesía contra la aristocracia: fue el nuevo caparazón político de una nobleza amenazada.” Anderson, Perry; *El Estado absolutista*, México D.F., Siglo XXI, 2005, pág. 12.

² Esto es característico de las formaciones precapitalistas. Cf. Marx, Karl; *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*. México D.F., Siglo XXI, 1987. Tomo I, págs. 433 ss.

³ El principado de Bretaña, por ejemplo, fue absorbido por Francia mediante sucesivos matrimonios con las herederas del mismo. Anderson, Perry; *op. cit.*, pág. 84.

actuales países de Francia, España, partes de Italia. El hecho de que un soberano no hablase la lengua de sus súbditos no representaba ninguna extrañeza ni problema particular.

Dada esta dinámica, la guerra era parte fundamental de su actividad. A tal punto, que el principal esfuerzo del erario de los Estados absolutistas se destinaba a la guerra, o al mantenimiento de los ejércitos.⁴ Los ejércitos eran costosos y estaban integrados, fundamentalmente, por mercenarios extranjeros, provenientes de regiones externas a los imperios, en especial gente ruda de zonas montañosas (los campesinos alpinos frecuentemente se reclutaban para tales fines). Había dos razones, complementarias, para su utilización. Una era que frecuentemente estos Estados soportaban levantamientos de campesinos pobres, sobre los que caía el grueso del peso fiscal (los nobles estaban exentos de cargas impositivas); por esta razón, armarlos resultaba sumamente peligroso. Además, justamente por este motivo, muchas veces el ejército debía reprimir tales revueltas, y en tal caso nada mejor que utilizar soldados que ni siquiera hablasen la lengua del pueblo al que reprimían. De modo que la contratación de mercenarios era la práctica regular de los Estados absolutistas.

Las guerras en el feudalismo

El feudalismo y el absolutismo fueron sistemas sociales en los que la guerra era un principio de enriquecimiento. Durante la primera etapa de los Estados absolutistas, la forma de hacer la guerra no varió demasiado respecto de lo que había ocurrido en el feudalismo. En general, los mercenarios se reclutaban para desarrollar la principal tarea militar del período, que eran los asedios. Las ciudades medievales solían estar fortificadas por altos muros verticales, de tres o cuatro metros de altura, impidiendo el asalto exterior.

⁴ “Es significativo que el primer impuesto regular de ámbito nacional establecido en Francia, la *taille royale*, se recaudara para financiar las primeras unidades militares regulares de Europa, [...] de mediados del siglo XV” *Ibidem*, págs. 27. Anderson menciona también que a mediados del siglo XVI, España dedicaba el 80 % de las rentas estatales a gastos militares. Todavía en el siglo XVII, Francia dedicaba 2/3 del gasto estatal a las fuerzas militares. (*Ibidem*, págs. 27/8). Luis XIV gastaba en la guerra, en el decenio de 1700, el 75% de sus ingresos; Pedro el Grande, el 85%; mientras que la República inglesa había consumido, en la década de 1650, el 90% de sus ingresos en la guerra. Parker, Geoffrey; *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500–1800*, Barcelona, Crítica, 1990, pág. 92

Entonces se sitiaba la ciudad durante el tiempo que fuera necesario hasta que la misma se rendía, por hambre, o llegaban tropas a su auxilio. Los combates abiertos no eran la norma en la guerra, aunque ciertamente existían.

Las batallas medievales se desarrollaban principalmente con infantería y caballería. Las acciones se desarrollaban alrededor del caballero armado, siendo los combates una serie de enfrentamiento individuales. El combate colectivo reapareció con el absolutismo.⁵ Espada, escudo, pica, arco y ballesta eran las armas livianas más frecuentes. Ocasionalmente se utilizaba la catapulta en los sitios (era difícil de transportar) para arrojar pesadas piedras a (y por sobre) los muros de defensa, y también otros elementos (excrementos, cadáveres de animales, etc., en una suerte de guerra bacteriológica primitiva). Como se puede apreciar, nada esencialmente distinto a lo utilizado en la antigüedad.

La introducción de las armas de fuego no produjo, de manera inmediata, un cambio en la forma de la lucha. Ya en el siglo XIV se comenzaron a utilizar armas de fuego portátiles, pero su escasa eficacia hacía que su uso no tuviera una relevancia tal que modificara las formas de combate. En algunos casos, incluso, la adopción de las armas de fuego fue bastante posterior, como ocurrió en Inglaterra, donde recién en el siglo XVI se adoptan de manera definitiva. Las primeras armas de fuego portátiles usadas a gran escala, los arcabuces, presentaban una serie de inconvenientes: necesitaban de apoyo (no era posible sostenerlos con el brazo para disparar), su carga demandaba varios minutos y su precisión no superaba los cien metros. Los arqueros, en cambio, podían disparar hasta diez flechas por minuto (los mejores entrenados), con gran precisión hasta doscientos metros.⁶ Este escollo en la recarga era tan insalvable, que comenzaron a utilizarse unidades de piqueros (infantes) para proteger a los tiradores. ¿Cuál era la utilidad entonces? La capacidad de perforar corazas hasta a cien metros de distancia y el hecho de que el adiestramiento del tirador era muchísimo más rápido que el de un buen arquero. Ello llevó a mantener y desarrollar esta tecnología, pese a los problemas que presentaba. La solución que encontró Holanda (en la década de 1590) fue la de formar varias filas de tiradores, de modo que la primer fila lanzaba su descarga y rápidamente se replegaba, dejando a la segunda fila en condiciones de disparar, la que se adelantaba

⁵ Schenider, Fernand; *Historia de las doctrinas militares*, Barcelona, Vergara, 1966, pág. 12.

⁶ Parker, Geoffrey; *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500–1800*, Barcelona, Crítica, 1990, pág. 37.

unos pasos y tiraba mientras que los que habían estado en la primera fila cargaban su mosquete. Los holandeses calcularon que con seis filas era suficiente para poder mantener la cadencia de fuego; en realidad fueron necesarias diez filas de tiradores.

Sin embargo, no resultó inocua esta modificación, pues tuvo su correlato en las formaciones del orden de batalla. “Los campos de batalla de la Europa medieval no se extendían, a menudo, en más de un kilómetro de frente, con un número de hasta 10.000 hombres concentrados en formaciones muy cerradas; pero ante el fuego en descargas esto hubiera sido un suicidio”.⁷ Se pasó de los cuadros a formaciones en línea. El perfeccionamiento de esta táctica llegó recién con Federico II de Prusia (siglo XVIII). Engels brinda una descripción precisa de esa formación: “consistía en formar a toda la infantería de un ejército en un gran cuadrilátero de tres filas, muy largo y vacío por dentro, que sólo podía moverse en orden de batalla como un todo único; a lo sumo se permitía que uno de los flancos avanzase o retrocediese un poco. Esa masa torpe sólo podía desplazarse en orden en un terreno llano, y aún así con ritmo muy lento (setenta y cinco pasos por minuto); era imposible cambiar la formación durante la batalla, y tan pronto entraba en combate la infantería, la victoria o la derrota podían decidirse rápidamente y de un solo golpe.”⁸ Por otra parte, se redujo la importancia de la caballería. De ser el arma principal en la Edad Media, en el absolutismo pasó a ser accesoria. El alto costo de la monta, más la escasa eficacia que tenía frente a la artillería, hizo que esta rama se redujera, aunque no desapareció sino en el siglo XX.

Las transformaciones

Durante la época de existencia del Estado absolutista en Europa se produjo un cambio en la tecnología militar que significó una verdadera revolución. Con el desarrollo de las armas de fuego cambiarían totalmente las formas de hacer la guerra. Y también el diseño de las defensas, volviendo obsoletos los castillos con la introducción de los cañones

⁷ Parker, Geoffrey; *Ibidem*, pág. 39.

⁸ Engels, Friedrich; *Antidühring*, Buenos Aires, Cartago, 1975, pág. 138. Hay cierto anacronismo en el comentario de Engels, ya que esa formación era “torpe” y “lenta” frente a las nuevas condiciones emergentes en el siglo XVIII, de incipiente capitalismo, no cuando fue desarrollada. Por otra parte, vale señalar que aún durante mucho tiempo se siguió combatiendo en terrenos llanos: el “campo de batalla”.

de sitio. La introducción de nueva tecnología de guerra no sólo fue resultado de la evolución social, sino que produjo verdaderas transformaciones en las configuraciones de estos sistemas basados principalmente en la guerra. El enorme costo económico que supuso explica el gran peso que los ejércitos representaron para el erario de los Estados absolutistas.

Es necesario puntualizar, a fin de evitar equívocos, que la revolución militar fue producto del cambio de las relaciones sociales y no su promotor. Para tomar una perspectiva clara sobre esto, baste con señalar que casi la totalidad de las innovaciones se produjeron en España, Italia, los Países Bajos y Francia, es decir, bajo el dominio de los Habsburgo (excepto Francia). Sin embargo, los Habsburgo desaparecieron como dinastía con la guerra del los Treinta Años.

Una de las grandes dificultades era desplazar la artillería, ya que las bombardas eran extremadamente complejas para transportar (medían unos tres metros de largo y llegaban a pasar más de ocho toneladas), de modo que su utilización quedaba restringida a la defensa de las ciudades y, para atacar, sólo a aquellas ciudades que estaban cerca de un curso de agua o donde el terreno no era muy escarpado: en la medida que estos primitivos cañones fueron evolucionando y siendo más transportables, las defensas de las ciudades debieron ser modificadas radicalmente, pasando de los altos muros a muros gruesos, con paredes inclinadas (en forma de trapecio) y, finalmente, dispuestos en forma de estrella, lo que daba una mayor posibilidad de defensa ya que desde las salientes se podía someter a fuego cruzado al atacante. La desaparición de la defensa vertical fue el primer síntoma de este cambio, que no fue inmediato ni homogéneo. Las ciudades iban modificando sus defensas en función de los acontecimientos, y no siempre estaban preparadas para un ataque con la nueva artillería. Fue el caso, por ejemplo, de Siena, ciudad del noreste italiano que a mediados del siglo XVI, ante una inminente invasión, comenzó a reconstruir de manera desesperada sus defensas, pero como no pudo tener ni los materiales ni los albañiles suficientes, cuando ocurrió la invasión no sólo no tenía las defensas adecuadas, sino que tampoco contaba con los recursos económicos para contratar mercenarios para su defensa, de modo que tras un breve asedio de diez meses, cayó y fue anexionada a Florencia.⁹ Es interesante observar una suerte de paradoja: si bien los absolutismos eran fundamentalmente conquistadores por su propia naturaleza social, la mayor parte de los gastos se destinaban a la defensa.

⁹ Parker, Geoffrey; *Ibidem*, págs. 30/1.

Entre los distintos intentos de crear una artillería ligera, hay que señalar que a inicios del siglo XVII los suizos introdujeron un cañón liviano realizado con un tubo delgado de hierro revestido con cuero (de allí que se los conociera como los cañones de cuero), los que demostraron ser ineficaces en el campo de batalla, pese a lo cual durante un tiempo fueron adoptados por casi todos los ejércitos de Europa occidental. Fue uno de los tantos ensayos fallidos de la industria militar. Pero finalmente se logró dominar la tecnología de la artillería, lo que tuvo como correlato una modificación en el orden de batalla de los ejércitos ya que no sólo servía para sitiar ciudades, sino también para el combate entre ejércitos en campo abierto: desaparecieron los ballesteros y los mosqueteros reemplazaron a los arqueros, siendo éstos protegidos por los piqueros.¹⁰ El efecto inmediato fue la necesidad de mayor incorporación de hombres en los ejércitos, los que crecieron en número considerablemente y, en consecuencia, su mayor costo (mayor costo en general, y mayor costo por soldado). En estas circunstancias, la mayor parte del gasto militar se aplicaba más a la defensa que a la ofensiva. Tal vez por ello hacia mediados del siglo XVI el francés Blas de Monluc describía la guerra como «luchas, encuentros, escaramuzas, emboscadas, alguna batalla ocasional, pequeños asedios, asaltos, escaladas, y conquistas de ciudades por sorpresa»¹¹ —verdadera guerra de guerrillas—, no obstante lo cual las batallas campales eran relativamente frecuentes. En realidad ocurrían ambas cosas con similar habitualidad. Estas guerrillas prácticamente desaparecieron cuando se desarticulaban las redes de castillos y fortines en los que se asentaban estas pequeñas formaciones militares —algunas verdaderamente exiguas— que proliferaban de manera más o menos articuladas provocando este desgaste. Justamente este carácter de guerra de guerrillas es lo que explica, en parte, la prolongada duración de las guerras en este período: “guerra de los Ochenta Años”, “guerra de los Treinta Años”, etc. Pero aún con la centralización de los ejércitos, producto de la aparición de los Estados absolutistas, las guerras siguieron siendo de larga duración: con el aumento del tamaño y costo de los ejércitos, la principal preocupación estratégica fue sustentar la guerra; el bando que más soportaba el esfuerzo era el que finalmente obtenía la victoria. Se comprende perfectamente la renuencia de los generales a las batallas decisivas.

¹⁰ *Ib.*, pág. 38.

¹¹ Citado por Parker, Geoffrey; *ib.*, pág. 67.

La constitución de los ejércitos

Apuntamos anteriormente que los ejércitos crecieron notablemente con el absolutismo, particularmente desde fines del siglo XVII. En el transcurso de un siglo los ejércitos se triplicaron y hasta quintuplicaron en su tamaño. Esto planteó, lógicamente, problemas de reclutamiento y de logística. ¿Cómo abastecer y desplazar masas de cientos de miles de hombres? En realidad el reclutamiento, como veremos a continuación, no fue un gran obstáculo.

La mayor parte de los reclutas eran pobres urbanos,¹² siendo completados por montañeses y población del lugar de las operaciones. Los encargados de reclutar soldados eran los oficiales; en muchos casos las relaciones de vasallaje pesaban para ello: sus propios siervos eran enrolados en las filas del ejército. Los pobres urbanos estaban conformados por tres grupos principales: los aventureros que encontraban en el alistamiento una oportunidad de enriquecerse; los que simplemente escapaban a la escasez y las privaciones, y los delincuentes que aceptaban incorporarse al ejército para evitar ser ejecutados. Muchas ciudades proveían con entusiasmo a estos últimos, ya que entre el 75 y el 80% no regresaba, sea porque morían en campaña (particularmente por enfermedades, no tanto por los combates) o porque desertaban. Pero esto no era suficiente para abastecer a una maquinaria militar que permanentemente necesitaba de hombres. Otros tres mecanismos de reclutamiento eran comunes entonces: la incorporación de unidades extranjeras completas, tomadas de otras regiones de su reino o de países aliados; la incorporación de soldados enemigos derrotados (que no eran necesariamente prisioneros de guerra, sino recontratados por el bando triunfante) y, finalmente, si todo esto era insuficiente, el alistamiento compulsivo de pobres de sus propias ciudades: holgazanes y desempleados diversos. En general, los gobiernos buscaban hombres con una característica principal: que fuesen veteranos de otras guerras. Esto disminuía los tiempos de preparación y garantizaba cierta destreza del individuo. De allí que fuese usual que una misma persona combatiera para distintos ejércitos, en ocasiones enemigos entre sí, sin que esto representara problema alguno, incluso en guerras de matriz religiosa, como la de los Treinta Años. El inconveniente que se presentaba era más bien inverso: no para quien los contrataba, sino para quien los entrenaba. En Alemania se había acuñado, durante

¹² En la “Guerra de los Treinta Años”, por ejemplo, el 52% de los soldados franceses era de origen ciudadano, cuando sólo el 15% de la población era urbana entonces. Parker; Geoffrey; *op. cit.*, pág. 73.

esa guerra, la máxima de que “en tanto que nosotros sirvamos honradamente a nuestro señor, no importa a qué señor sirvamos”.¹³ De allí que algunos ejércitos comenzaron a formar unidades exclusivamente de nacionales, mediante conscripción (en general de delincuentes y desempleados) para sus servicios de ultramar. Se buscaba, además, atenuar uno de los mayores flagelos para los ejércitos de entonces: la desertión. La alta tasa de mortalidad, que ocasionaba estragos demográficos, particularmente entre los campesinos, más las duras condiciones de vida en campaña, impulsaban a los soldados a desertar, entregarse como prisioneros a sus enemigos (en todo caso, combatir para éstos hasta desertar nuevamente), llegando al punto de la cuasi disolución de un ejército en algunas ocasiones. Entre junio y noviembre de 1567 el ejército español de Flandes se redujo de 60.000 a 11.000 hombres. En la década de 1630 la tasa de desertión era del 7% mensual. En 1640 en el ejército de Extremadura llegó a desertar el 90% de sus hombres.¹⁴ El problema llegó a ser tan grave que muchas veces los generales no sabían a ciencia cierta con cuántos efectivos contaban, ni siquiera aproximadamente. Las dos formas de retención más efectivas fueron, por una parte, la imposición de castigos ejemplares para los desertores (desde mutilaciones hasta ejecuciones),¹⁵ y por otra, la posibilidad de enriquecimiento mediante el saqueo y los botines de guerra, considerada legítima.

El despojo de mercaderes y pequeñas poblaciones era un procedimiento bastante habitual, o el pago de “rescates”: una suerte de impuesto que debía pagar una ciudad para evitar ser atacada.¹⁶ Pero las mayores recompensas provenían de las batallas; allí podían adueñarse de todas las pertenencias de los vencidos, distribuidas de acuerdo a los rangos militares. Pero como esto raramente ocurría, dado que las campañas solían consistir en largos meses de maniobras, las principales fuentes de bienes eran las mencionadas anteriormente. Cuando un ejército se establecía en una región, por ejemplo para sitiar una ciudad, contaban, además, con el avituallamiento del campo, al que no sa-

¹³ Estas sentencias, pertenecientes a Sir James Turner, “se escribieron como un comentario sobre su comportamiento en 1640, cuando abandonó Suecia a favor de Escocia; había dos buques en el puerto, uno conducía a los realistas y el otro a los del *Convenant*. Turner advirtió que no le importaba en cuál de los dos se embarcaba.” Parker, G.; *op. cit.*, pág. 232.

¹⁴ Parker, Geoffrey; *op. cit.*, pág. 87.

¹⁵ Los romanos habían encontrado un método sencillo para este problema: marcar a fuego a los soldados apenas eran reclutados, de forma de poder identificar fácilmente a un desertor. Pero esto no se hizo durante el absolutismo.

¹⁶ Es interesante observar que el precio del rescate variaba según se tuviese que utilizar la artillería o no para “convencer” a la ciudad.

queaban a fin de mantener las condiciones de producción que sostenían a la propia tropa. En ocasiones, si los botines no eran buenos, reaparecía la desertión u otro factor muy frecuente en las organizaciones armadas de entonces: las rebeliones.¹⁷

Tenemos entonces dos características de los ejércitos de la época: por un lado los múltiples mecanismos de incorporación; por otro, la alta dispersión de las unidades, debido a las deserciones y los amotinamientos. Esto, sumado a la gran movilidad de los mismos, no sólo debido a las maniobras, sino también a la importante tasa de conflictividad propia del feudalismo, hacía que los ejércitos careciesen de identidad “nacional”.

El financiamiento de la maquinaria militar, que consumía la mayor parte del tesoro estatal, era tan pesada que los monarcas a menudo se endeudaban hasta llegar a situaciones insostenibles: en 1557 Felipe II declaró formalmente la quiebra de España,¹⁸ situación que se repitió en 1560, 1575, 1596, 1607, 1627 y 1653.¹⁹ Mediante esta maniobra lo que se lograba era bajar los intereses usurarios de los préstamos que tomaban en el fragor de la guerra. Los prestamistas, por su parte, se veían compelidos a seguir otorgándoles créditos para poder cobrar los anteriores préstamos. Estas dificultades llevaron, durante los siglos XVI y XVII, a un progresivo cambio de sistema: en lugar de pagar directamente a los soldados, crecientemente se pasó a pagar a contratistas privados que organizaban los ejércitos. Estos nuevos personajes, los *condottieri* en Italia, *Landsknechten* (lansquenetes) en Alemania, las guardias suizas, tuvieron su apogeo en la Guerra de los Treinta Años en la que actuaron alrededor de 1.500 contratistas para los distintos bandos, tras la cual tendieron a desaparecer debido a los tratados de Westfalia (1648), pese a que la soldadesca extranjera permaneció en la constitución de los ejércitos europeos hasta fines del siglo XVIII. El éxito de los contratistas no radicaba en sus virtudes militares (algunos de ellos iban de una derrota a otra) sino en sus cualidades organizativas y en su poder de financiación: ellos adelantaban parte del capital necesario para las campañas militares. Parte de sus gastos los cubrían con los aportes del contrato, y la otra parte y la ganancia provenían de los pillajes, saqueos y rescates. La única limi-

¹⁷ El ejército español en Flandes, uno de los más díscolos, se amotinó 45 veces entre 1572 y 1609. Cf. Parker, Geoffrey; *op. cit.*, pág. 89. “Los motines del siglo XVI eran semejantes a las huelgas industriales de época posterior y resultaban un método eficaz de presionar [...] ya que las autoridades sólo podían acabar con un motín pagando lo adeudado.” McNeill, William; *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 d.C.*, México D.F., Siglo XXI, 1988, pág. 118.

¹⁸ Anderson, Perry; *op. cit.*, pág. 66. Téngase en cuenta que por entonces España recibía un importante flujo de metales preciosos de América.

¹⁹ Parker, Geoffrey; *op. cit.*, pág. 92.

tación para los contratistas era la artillería, demasiado cara como para proveérsela por ellos mismos, salvo excepciones.²⁰ Sin embargo la contratación de estos ejércitos privados no siempre era una solución. Además de los peligros políticos denunciados por Maquiavelo,²¹ luego de que él mismo los contratara en 1499, 1503 y 1506, el afán de ganancia de los mismos hacía que descuidaran bastante el armamento que suministraban a su tropa.

La calidad del armamento era, en realidad, un problema típico de esa época. La carencia de estándares, los múltiples sistemas de medición utilizados en Europa, más el hecho de que los gobiernos se proveían de diversos fabricantes y que parte del armamento utilizado era el tomado a los enemigos que se rendían, hacía que los suministros de municiones en ocasiones no tuviera correspondencia con el armamento que tenían las tropas, de modo que los soldados debían ingeniárselas para utilizar balas de distinto calibre al de sus arcabuces y cañones, limándolas, o complementándolas con trozos de madera, todo lo cual tornaba más engorroso la utilización de estas armas. No obstante, la utilización de artillería tuvo un efecto directo en el modo de hacer —y pensar— la guerra: dado que la línea de infantería podía tener pérdidas tan considerables que determinarían la suerte de toda la campaña en una sola batalla, los jefes militares estaban más preocupados por eludir la batalla mediante maniobras que en prepararla; era demasiado lo que se jugaba en una batalla como para afrontarla si no se tenía la plena certeza de ganarla.²² Y sabido es que tal certeza raramente se tiene. Ese fue el contexto en el que pensaron los teóricos de la maniobra, de los cuales von Bülow fue, sin dudas, su más alto exponente.²³ De modo que la doctrina militar resultante expresaba, de manera más o menos fiel, las condiciones sociales en que se desarrollaban las guerras. En el pensamiento de von Bülow se debe agregar un gran entusiasmo por la ciencia, propia de fines del siglo XVIII y el determinismo geométrico resulta claramente comprensible.

²⁰ En el caso de aportar artillería, los contratos solían ser hasta el 50% más caros, debido a los costos de transportes. El alquiler de caballos no era económico, y la artillería requería de muchos equinos para su transporte.

²¹ Cf. Maquiavelo, Nicolás; *El arte de la guerra*, Madrid, Tecnos [1520] 1988.

²² Cf. Schenider, Fernand; *op. cit.*, págs. 15/6.

²³ Cf. Bonavena, Pablo; “Algunas notas sobre el arte militar en von Bülow”, material de cátedra de Sociología de la Guerra. UBA.

La reorganización militar

Hacia fines del siglo XVI, inicios del XVII, se produjeron grandes cambios en la organización militar. Carlos VII había incorporado el sistema de ejércitos permanentes en Europa, pero estos tenían las características que acabamos de enumerar. En el siglo siguiente fue Mauricio de Nassau, príncipe de Orange, quien introdujo tres elementos fundamentales para los ejércitos modernos: la zapa, la instrucción sistemática y la división interna de los ejércitos.

La zapa había sido usada por los antiguos romanos, pero no era practicada en el feudalismo. Se trata de la construcción de zanjas y parapetos de tierra alrededor de los campamentos, especialmente cuando se sitiaban ciudades. Se consideraba cobarde protegerse tras un muro. La otra modificación fue más importante. La instrucción hasta entonces se limitaba a enseñar al soldado a utilizar el arma. Mauricio no se conformaba con eso, y proseguía el entrenamiento, unificando los movimientos de sus soldados para la limpieza y el cargado del arma, de forma tal que consiguió tener una mayor cadencia de fuego y la seguridad de que toda la tropa actuaba de la misma manera (evitando que se produjesen accidentes por saltarse algún paso); asociado a ello obtuvo también una mayor velocidad y orden de desplazamiento, tanto en la marcha como en orden de combate. Finalmente, la tercera modificación, que también llega hasta nuestros días, tomó igualmente como modelo a las legiones romanas. El crecimiento de los ejércitos (de un promedio de 40.000 hombres en el siglo XV a 250.000 / 350.000 en el siglo XVI) hacía casi imposible mantener el orden de batalla; los oficiales no lograban ver lo que ocurría en el frente o en los flancos. De modo que dividió el ejército en unidades más pequeñas. Conformó batallones de 550 hombres, subdivididos en compañías y pelotones.²⁴

Otra modificación que lentamente comenzó a operar fue la de los uniformes. Hasta entonces la vestimenta no tenía ninguna especificidad. Los oficiales distinguían a sus tropas por alguna pluma o alguna cinta de color. Pero poco a poco fue imponiéndose la vestimenta uniforme para los integrantes de un ejército. A veces era un uniforme “negativo”, reglamentándose que no se podía usar determinado color. Luego aparecieron los primeros uniformes, al inicio sólo para algunos, hasta que finalmente se pudo abastecer a toda la tropa.

²⁴ McNeill, William; *op. cit.*, págs. 139/43.

Uno de los mayores problemas que afrontaban los ejércitos, sobre todo cuando comenzaron a ser más y más numerosos, fue el abastecimiento. En la era preindustrial era extremadamente difícil, si no imposible, disponer de alimentos, vestimenta, municiones, etc., para un ejército de 30 o 50.000 hombres. Considérese que prácticamente no existían ciudades de ese tamaño. Pero no era sólo el número, sino también la infraestructura: cocinar el pan requería de hornos, lo que en campaña no es sencillo de resolver. Por otra parte, la casi inexistencia de caminos en algunas regiones, o la mala calidad de los mismos entorpecía o impedía la llegada de suministros. De allí que en general una fuerza expedicionaria buscase asentarse en los litorales, ya que las vías fluviales eran las más de las veces la única forma de abastecerse con regularidad. Esa era la principal razón por la cual si alejaban los ejércitos de su base, sufrían problemas de abastecimiento, al punto que en ocasiones resultaba suicida hacerlo.

En lo que hace a la logística, es notable el siguiente dato: el apoyo al combate (cocineros, carreteros, caballerizos, mujeres que lavaban, se prostituían, cuidaban niños, etc., herreros, entre otras figuras) componía entre el 50 y el 120% de la tropa, esto es, un ejército de 10.000 hombres podía estar acompañado por entre 5.000 y 12.000 personas. Este número puede parecer excesivo, ya que se desplazaban conjuntamente. Pero en absoluto lo es si lo comparamos con la actualidad, cuando entre el 66 y el 80% del personal de las Fuerzas Armadas es de apoyo al combate. Evidentemente los ejércitos de entonces, más rústicos, necesitaban menos personal en logística respecto de los actuales.